

Segundas Jornadas de Historia de la Patagonia
 Universidad Nacional del Comahue
 2 al 4 de noviembre de 2006
 Mesa Temática: Historia de los pueblos originarios
 Coordinadores: Dr. Walter Delrio, Dra María Andrea Nicoletti, Lic. Diana Lenton

Lic. Gabriela Nacach (UBA-UNCo)
gabicolombina@yahoo.com.ar
 Lic. Pablo Azar (UNCo)
uruk@neunet.com.ar

“De eso no se habla”. Los “resabios” de la humanidad. Antropología, genocidio y olvido en la representación del Otro étnico a partir de la Conquista*.

Introducción

El vaciamiento físico y simbólico del espacio conquistado, desde el inicio de las campañas de exterminio sistemático a partir de 1875, y el consiguiente ocultamiento del Otro étnico en las estadísticas y los imaginarios colectivos con la institucionalización de la “República conservadora” que prevalece hasta 1916, tiene su costado teórico y complementario en la ciencia. Acompañante infatigable, desde mediados del siglo XIX custodió consecuentemente a las prácticas políticas que culminaron en la consolidación final del Estado nación con el Genocidio Republicano que asoló los territorios indígenas y fronterizos.

Hacia 1880, la intelectualidad argentina, representadas por la Antropología y la Sociología de fines de siglo, comienzan a ocuparse del problema indígena de otro modo. Así, en las Sociedades Científicas argentinas recientemente creadas y los escritos antropológicos que encontraron cobijo en ellas, las formas de no hablar de los indios vivos y reales de la época se hace latente en muchos de los trabajos, y en este punto nos resulta significativo cómo, desde fines del siglo XIX, una vez concretada la conquista las humanidades se ocupan de cuestiones menos problemáticas que del producto de la violencia de la misma. De esta forma, en sus estudios, desplazan al pasado remoto a los Otros étnicos –hasta allí enemigos sociales en su peligrosidad inminente– a partir de una arqueologización conceptual de la población indígena (Navarro Floria, 2006).

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación 04-H082 de la Universidad Nacional del Comahue, *La contribución científica a la resignificación de la Patagonia, 1880-1916*.

Por otra parte, la proliferación de escritos arqueológicos dan muestras de esta remisión en forma de “restos”, “rastros”, “antigüedades”, tal como apunta Jens Andermann; remisión que acompaña el vaciamiento del “desierto” de subjetividades invocando a su dueño legítimo: el Estado-nación (Andermann, 2000: 124-126).

En este trabajo intentaremos entonces mostrar de qué manera la ciencia antropológica escondía y enmascaraba la problemática del indio, tras una pretendida “objetividad científica”, teñida de algunos vestigios conceptuales en torno a las corrientes racistas de mediados del siglo XIX, como son los casos de Félix F. Outes y Robert Lehmann Nitsche. En todo caso, la forma de estudiar la problemática del Otro desde esta disciplina, mantuvo cierta vigencia discursiva hasta bien entrado el siglo XX¹.

A partir de aquí, consideramos que la disciplina ampara y resulta funcional a la “invisibilización” y “museización” de las poblaciones indígenas y mestizas y su envío al pasado, borrando del espacio toda memoria viva del otro y la complejidad y conflictividad interétnica propia de una sociedad de frontera desarticulada por la conquista.

La arqueologización del Otro

La comunidad científica, disciplina y metodología antropológica se consolidaba en Europa a través de varios espacios de discusión: en 1839 se fundaba la Sociedad Etnológica de París, en 1844 la Sociedad Etnológica de Londres, en 1859 la Sociedad Antropológica de París, y en 1863 la Sociedad Antropológica de Londres.

Los influjos de la disciplina y el relieve que fue adquiriendo en nuestro país fueron progresivos, pero no fue sino hasta 1872 el año de la fundación de la Sociedad Científica Argentina; y en 1885, del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, que, a través de sus prácticas y escritos legitimaron una relación que resultó indisociable entre el conocimiento científico y las prácticas políticas que se desarrollaban sin pausa en nuestro país, desde mediados de siglo XIX.

Muchos conceptos de los cuales da cuenta la antropología desde sus comienzos – como raza, cultura, etnia, pueblo, ejemplar, tipo, etc. -, que se fueron forjando en la segunda

¹ En todo caso, en algunos autores se vislumbra la hipótesis diferente, como es el caso de Outes. Esta constituiría una prueba contraria a la hipótesis que intentamos demostrar. De todas formas, en base a lo leído, consideramos que la hipótesis previa que postularían la mayoría de los antropólogos entre 1880 y 1916 es la que remite al Otro al pasado remoto, siendo una conclusión a posteriori que al hablar de los “indios vivos” lo que se buscaba era el hecho de saber cómo incorporarlos a la sociedad capitalista, de clases, a partir de su exclusión social. La lectura en general confirma nuestra hipótesis.

mitad del siglo XIX, se volvieron conceptos claves en una lógica racista de inclusión / exclusión, la misma que dio lugar a las prácticas políticas contra pueblos enteros².

Estas Sociedades Científicas, junto con los Museos, lugar donde la voz autorizada de la ciencia se visibilizaba, se presentaron como espacios institucionales desde los cuales poder escribir y debatir antropología, debatir y escribir acerca del Otro y la alteridad conquistada; y, desde un lugar privilegiado, manifestar los intereses que el Estado nación consolidado buscaba transmitir. De esta forma la ciencia, acompañante infatigable de dicho Estado, no hizo otra cosa que manifestarse como *productora de una formación social*, cuando el territorio nacional no fue sino un laboratorio sociológico y político a partir del cuál, en el estudio de determinadas temáticas, mediatizaba con los grupos étnicos y fronterizos, remitiéndolos discursivamente a un pasado remoto, y estableciendo una claro binomio antropológico entre un *nosotros* y un *otro*.

De ahí, estos primeros antropólogos—cuyos antecedentes los podemos encontrar en Francisco Moreno, Estanislao Zeballos, Ramón Lista, entre otros— resaltaron, en su punto de partida, contrastes y continuidades. Tal vez podamos centrarnos en ellos con su transparente lógica racista de tono moral y de clase, como productores de un cúmulo de ideas, que fueron las que dieron sustento al cuerpo ideológico dominante de fines del siglo XIX.

Así, estos intelectuales orgánicos y los que participarían en el devenir de la disciplina antropológica -aún cuando su misma investigación no buscaba insertarse de la forma propuesta desde la ciencia, como el caso de Ameghino-, resultaron siendo funcionales a una determinada *invención del país*. Incluso podrían ser considerados como devotos partidarios ideológicos de la creación y recreación de la nación y la nacionalidad; una realidad científica que acompañó al paradigma positivista de la oligarquía porteña.

No fue sino desde este lugar, en la dinámica de construcción de la nación, en el cuál se elaboraron mitos de unidad. Y en este aspecto, la invención de una nación de “raza blanca y homogénea”, de la cuál participaron las Ciencias Sociales en general, tuvo su costado disciplinar en la tesis determinante de nuestro país como un *país sin indios*. Esta idea se asentaba en la tesis de que los sujetos conquistados eran el origen mismo de la

² Estas ideas y conceptos fueron presentados también en un proyecto de investigación en Madrid, cuyos investigadores son Jesús Bustamante García y Mónica Quijada, entre otros. (“Ingenieros sociales. La construcción del método y el pensamiento antropológicos en Europa e Ibero América, siglo XIX”)

humanidad, siendo una de las estrategias “*su remisión discursiva al pasado [y] la arqueologización conceptual de la población indígena*” (Navarro Floria, 2006, 1)³.

Así, podemos leer a Félix Outes:

Pues bien, en nuestro país existe un número ya bastante crecido de hombres animosos que han dedicado su tiempo á estudiar el pasado de nuestro territorio. Han investigado el origen de sus habitantes, han tratado de reconstruir las diversas modalidades de la vida de las primitivas sociedades que ocuparon la vasta extensión donde hoy se yergue nuestra joven República, y paulatinamente han llegado, sino á diseñar un cuadro completo, por lo menos un excelente boceto de nuestro pasado (Outes, 1900: 202).

En este sentido, las investigaciones arqueológicas y las que redundan en la Antropología Física, con visos de continuidad con la Antropología de corte racista de mediados del siglo XIX, junto con las investigaciones lingüísticas y folklóricas ampararon la deshistorización del Otro y borraron toda memoria cultural de los recientemente conquistados. De hecho, y aunque la Antropología de la época se ocupó de multiplicidad de temas, la Arqueología fue tema de los más proficuos intelectuales de la época.

Ahora, si bien hubo oposiciones en torno a las escuelas—las cuales muchas veces pasaron a convertirse en una cuestión ideológica, aún cuando las disidencias no se percibieron hasta 1910-, ciertas problemáticas mantuvieron en vilo a la intelectualidad argentina e internacional por varios años. La cuestión del hombre fósil fue una de ellas. Florentino Ameghino, y lo revolucionario de sus postulaciones, chocó con la escuela opuesta,

“[...] patrocinada en sus principios por Burmeister y Moreno (quienes abandonaron) pronto el trabajo de campo a favor de las fuentes escritas. La Prehistoria se hizo Etnohistoria, y el pasado americano fue visto como algo sincrónico, como un breve episodio que apenas precedió a la conquista europea” (SCA: 86)

³ Se podría señalar que hay coincidencia en torno de esta idea en una serie de trabajos actuales provenientes de distintas líneas y lugares, como por ejemplo: Jens Andermann (2000). *Mapas de Poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*; Mónica Quijada. “Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)” y Navarro Floria, Azar y Nacach (2005). “Discurso, espacio y lugar antropológico en el *Viaje al país de los araucanos* de E.S. Zeballos”.

Es así que la metodología científica de Ameghino, basada en la estratigrafía, indirectamente y probablemente no insinuaba los mismos argumentos científicos en relación al origen del hombre que la escuela opuesta, basada en la arqueología de superficie. Sin embargo, dio argumentación a quienes querían-desde la corriente hegemónica-hablar del hombre de la Pampa y la Patagonia como de una antigüedad asombrosa.

La estratigrafía no daba cuenta sino de la representación de un horizonte muchísimo más antiguo, y esto justificaba dicha idea en dos sentidos: la antigüedad permitía relacionar algunos tipos raciales actuales con la raza primitiva; y más aún, permitía pensar una cultura tan ancestral como la egipcia; lo cual inevitablemente otorgaba prestigio internacional. Así, Ameghino diría:

“[...] sería interesante saber si los indígenas de Tierra del Fuego [...] no son también dolicocéfalos y representantes de la población primitiva [...] aquellos indígenas parecen ser los representantes actuales de esa raza primitiva” (Ameghino, 1880: 121).

Sin ir más lejos, vinculó a “los fueguinos actuales” con ocho cráneos extraídos por Moreno en la Bahía de San Blas, de “tipo dolicocéfalo”. Un título sugerente, y congruente en relación a esta línea de pensamiento, es el propuesto por F. Outes y Carlos Bruch: “Las viejas razas argentinas”.

S. E. Barabino, comentarista de algunos de los más prestigiosos trabajos publicados en los Anales de la Sociedad Científica Argentina, decía, respecto a este último:

“Dicen los autores en su prefacio, que los cuadros murales que han preparado sobre las viejas razas argentinas son una síntesis de una amplia i seleccionada información gráfica, metódicamente agrupada por provincias jeo-étnicas, vale decir, dividiendo la república en rejones que ofrecen respectivamente un carácter físico predominante, i en los primitivos habitantes una similitud quasi constante, tanto en su aspecto esterno, como en sus costumbres, usos i lenguas, satisfaciendo así una de las tendencias modernas de la etnografía racional (Barabino, 1910: 191).

En la misma época también asistimos a un estudio pormenorizado del folklore y la lingüística de los indígenas sometidos, utilizando en muchos casos como recurso metodológico la Arqueología, con el fin de dar por supuesta la antigüedad de los Otros, refiriendo una vez más sus problemáticas actuales a un pasado remoto.

De esta forma, los estudios sobre el idioma mbyara, el “tesoro de catamarqueños, con etimología de nombres de lugar y de persona en la antigua provincia del Tucumán”, por Samuel A. Lafone Quevedo (1896), la supuesta derivación Súmero-Asiria de las lenguas Kechua y Aymará, por Samuel A. Lafone Quevedo con una nota complementaria por Félix F. Outes (1901) y el estudio de las antigüedades Calchaquíes, por Juan B. Ambrosetti (1901), son la tónica de la época.

La ciencia antropológica, amparándose en su calidad de ser “la voz autorizada en materia de indios”, escondía, eludía y enmascaraba su problemática actual de sometimiento que justamente en esos momentos, se estaba *cristianizando* en pobre de la naciente sociedad capitalista.

“Creemos que felizmente ha pasado la época en que nuestros etnólogos se empeñaban en insignificantes rencillas caseras, argumentando con base de futilezas y trivialidades. Hay que convencernos una vez por todas: no estamos en la infancia de los conocimientos etnográficos y antropológicos; poseemos un valiosísimo caudal de datos recogidos indudablemente con más ó menos criterio, por lo que, nos hallamos en condiciones de esbozar aunque más no sea las leyes generales de los cambios operados en las viejas sociedades que pasaron” (Outes, 1899:9)

Ahora bien, hacia 1900 desaparece la preocupación por Patagonia cuando, paradójicamente, esta región había sido la primera, en comparación con el resto de las regiones del país, en atraer poderosamente a los investigadores. Recién después de 1916 vuelve a surgir esta preocupación con cierta intensidad. De hecho, en el período señalado nos hallamos ante una “paralización” de la actividad antropológica. Y en los escritos, es más lo que no dicen que lo que dicen. Consideramos que la razón básica de este silencio tiene que ver con una estrategia implícita: el ocultamiento y la distracción de la realidad indígena presente, a la vez que plantear esta problemática implicaría sin más una revisión crítica sobre la conquista, aún latente.

En todo caso, como apunta Navarro Floria,

“Ambas miradas-la de la arqueología de superficie y la de la etnología, antropología o sociología teóricas-eludían intencionalmente o no, en mayor o menor medida, la cuestión indígena real, es decir el debate acerca de las políticas hacia los indígenas contemporáneos que hubiera supuesto, probablemente, algún tipo de revisión crítica de la conquista y sus consecuencias” (Navarro Floria, 2006: 2).

Continuidades metodológicas

Hacia fines del siglo XIX, el sector científico y político-dirigente, abogó por la búsqueda conceptual de un paradigma *homogeneizador*, en términos de cultura, etnicidad y caracteres fenotípicos. Parafraseando a Mónica Quijada, la metodología utilizada, en vistas a eliminar o ignorar las diferencias fue encarnada en una construcción ideológica en la cuál el tratamiento hacia el otro y el “qué hacer con la alteridad” se manifestaba en la imagen de una nación homogénea, pretendidamente uniforme y cohesionada (Quijada, 2000). En este contexto los intelectuales adquieren un papel relevante, en virtud de desconocer / reconocer al otro conquistado como rémora y como antigüedad, ancestros de una nación que puede visualizarse en su totalidad en los museos recientemente creados. En este sentido, buscan la inserción de ese Otro integrándolo en la Historia Natural –pero Historia al fin- de la nación, bajo una proficia labor en la recolección de cráneos (Nacach, 2006, en prensa).

En algún sentido, este doble proceso de clasificación por un lado, y necesidad de igualdad, de homogeneizar, por el otro, a partir de 1880, se presentaba como una posible contradicción. Sin embargo, el concepto de “homogeneidad” y “homogeneización” a partir de la primera oleada conquistadora, no se contradiría con los intentos permanentes de clasificación. Sin más, el problema del que se trataba era de legitimidad. De alguna manera, legitimar la “argentinidad”.

En última instancia, de eso se trataba la política clasificatoria: para homogeneizar hay que saber quién es el diferente (el “otro”), para aplicarle el consiguiente tratamiento; y eso supone encasillar, y subordinar. Y fue de esta manera que la recolección de cráneos-inscripta bajo los rótulos de la Antropología Física y la morfología antropológica-, y la explicación teórica de la inferioridad de los grupos indígenas, resultaron funcionales a la jerarquización social que suponía la diferencia.

En esta línea de pensamiento comienzan a vislumbrarse Francisco P. Moreno y Estanislao S. Zeballos, así como otros científicos provenientes de Europa llegados al país en misiones científicas. Entre estos últimos podemos nombrar a Robert Lehmann-Nitsche, Carlos Spegazzini, Erlan Nordenskold, Eric von Rosen y Eric Boman, entre otros.

Multitud de exploradores extranjeros viajaban al campo en busca de *pruebas* por medio de las cuales establecer una caracterización somática-morfológica diferencial, reinventando a los indígenas actuales como ancestros.

Podemos pensar que a esta altura de los acontecimientos este tipo de estudios resultaban al menos anacrónicos; el Otro definido como inferior biológico en base a las mediciones craneológicas ya era parte de un pasado disciplinar que parecía no querer perder vigencia discursiva.

Las misiones científicas, en su mayoría extranjeras, actuaron en distintas regiones del país y

“[...] al tiempo de describir otros aspectos antropológicos (Arqueología, Etnografía, etc) también lo hicieron sobre las características somáticas de los indígenas o bien llamaron la atención acerca de la necesidad de un abordaje especializado” (SCA: 131).

En este contexto Félix Outes realiza una excursión por las provincias chilenas, centrales y meridionales, desde Coquimbo a Llanquihue y de éstas al lago argentino de Nahuel-Huapí, realizando observaciones sobre la somatología y morfología de 11 mujeres y 3 hombres selk’nam en Puerto Harris (isla Dawson) y, más tarde, 9 alakalufes. Y para ellas se centra básicamente en las tablas de Paul Broca y Paul Topinard:

“Conviene se sepa-afirma Outes-, igualmente, que para el índice cefálico, tanto del cráneo como del indio vivo, empleo la clasificación y nomenclatura de Pablo Topinard, sin conversión alguna cuando se trata del índice cefalométrico. He adoptado las designaciones y agrupaciones de S. Weissemberg para expresar los índices facial total y superior, obtenidos mediante las fórmulas de Kollmann, ya conocidas. Para los índices longitudino-vertical y transverso-vertical en el vivo, he seguido las indicaciones de René Collington; y, para el cráneo, las contenidas en las clásicas Instructions, de Pablo Broca; sin embargo, en el primer caso he substituido, en el grupo medio, la designación de mesocéfalos por la de ortocéfalos, y en el segundo he aplicado las designaciones de Collinton, con la salvedad á la que acabo de referirme. También he adoptado la nomenclatura quinaria del índice nasal en el vivo, propuesta por Collington, y la de Broca para el cráneo. Por último, las pocas veces que me ocupo del índice orbitario, lo hago empleando la nomenclatura y clasificación del eximio antropólogo francés que acabo de nombrar” (Outes, 1908: 217-218).

A la pregunta de por qué se seguía midiendo a los indígenas de manera casi compulsiva, junto con una mirada frenológica, que seguía precisando y fotografiando a los indios más o menos igual que como se hacía con los criminales (véase Lehmann Nitsche, Samuel de Madrid, “Informe pericial acerca del estado psíquico y somático del

procesado Juan B. Passo”, 1900); podemos intentar responder que, en esta búsqueda de homogeneización/diferenciación, en el cuál lo que se homogeneiza es la diferencia- para que deje de serla, o parecerla por lo menos-, se abogó por una práctica que avanzara cada vez más en la necesidad de catalogar, etnificar, estableciendo una dicotomía necesaria, desde una Antropología comprometida con la ideología del momento.

El problema de los indígenas presentes

En torno a lo antedicho, puede observarse en la temática general una posible contradicción, ya que si por un lado se envía a los pueblos indígenas a un pasado remoto, por el otro, se vislumbran algunas inquietudes relativas a los que subsisten (por ejemplo, cómo solucionar la problemática territorial de los que quedaron en Lehmann Nitsche, 1915); las mismas contradicciones en que caen algunos antropólogos al medir y cuantificar a los “indígenas vivos” (Outes, 1908).

Es así que si bien la antropología, y por ende el racismo con todos sus matices - después de 1880/1900-, comenzó a dirigirse a la cuestión del inmigrante más que a la del indio- de hecho para la época de estudio el peligro ya no lo encarnaba el indio, sino el inmigrante anarquista-. Los indios –como categoría étnico/biológica- se transformaron en pobres -categoría social- aunque no por ello menos sujetos a una estigmatización demarcada ya que cargaban sobre sí una herencia doble -la condición de pobreza sumado a su condición de inferiores biológicos-. De hecho, no solamente el racismo del siglo XIX contiene un claro clasismo, sino que el clasismo del siglo XX sigue siendo un racismo⁴.

El paradigma republicano y su pretendida homogeneización y nacionalización, escondía en su seno mecanismos de diferenciación tajante, su razón dominante clasificaba y encasillaba según su conveniencia creando sujetos obedientes, diferenciados, pero sobre todo subalternos-en nuevas situaciones de clase-.

De tal forma, la antropología adquiría un perfil preciso en esta posibilidad de establecer la jerarquía necesaria: si bien *ya no hay indios*, los que existen, son pobres, pertenecientes a la escala más baja de la escala social. Tal como apunta Quijada, en Argentina:

⁴ Si bien la cuestión clasismo-racismo es compleja y merecería un estudio aparte, nos parece interesante esbozar la hipótesis del enmascaramiento de uno por otro, como disparador para seguir trabajando.

“[...] se articuló un sistema que favoreció la inclusión física, en la sociedad mayoritaria, de todos aquellos que portaban rasgos de diferenciación fenotípica, al tiempo que esa integración se producía en los estratos más bajos de la jerarquía social y era acompañada de una negación simbólica de la diferencia. En otras palabras, tuvo lugar un ocultamiento de la diferenciación fenotípica en tanto categoría ‘racial’, pero esa diferencia fue traducida en jerarquización social, pero no una categoría étnica o ‘racial’” (Quijada, 2000: 20).

Félix Outes, en quién las preocupaciones parecían pasar por las mediciones craneológicas y fisonómicas del Otro étnico que, como dijimos, resultaban extemporáneas, no dejaba de lado la realidad de estos Otros, realidad necesaria de manifestar por el Estado nación:

“Ante los muchos inconvenientes opuestos por las mujeres Chilotas-así llaman generalmente los chilenos á los naturales de Chiloé-me reduje á medir y observar 50 individuos masculinos, en su mayor parte jornaleros, leñadores o criados que, en la época de mi viaje, trabajaban en Peulla, localidad cercana á la frontera con la Argentina; o en las obras del ferrocarril de Osorno a Puerto Montt, en la sección próxima á esta última ciudad [...] (Outes, 1908: 218).

Los indígenas, bajo un claro racismo de clase, vivían en su misma ambigüedad, la batalla verbal y pragmática que se daba por la tierra y sus recursos. Y por debajo de esta batalla estaba sin más la ocupación, que no es sino la cara del conflicto.

. En todo caso, Claudia Briones nos alerta de:

“cómo ciertos discursos y propuestas en apariencia contradictorias acerca de posibilidad de redimir al indígena e incorporarlo a la ‘civilización’ muestran por un lado en bajorrelieve las autoimágenes de país que las élites querían imponer y, por el otro, sirven proyectos estatales concretos de expansión económica y consolidación territorial [que] en verdad, ilustran inteligentemente cómo argumentos supuestamente científicos se van tornando funcionales a proyectos preexistentes de territorialización y proletarización compulsiva en obrajes e ingenios, coadyuvando a la legitimación de esos proyectos por estigmatización selectiva de aspectos de la organización política, social y económica de los indígenas [...]” (Briones 1998).

Ahora bien, en el período que va de 1880 a 1916, en los Anales de la Sociedad Científica Argentina, hay apenas algunas pobres líneas que tratan de la cuestión

indígena del momento, en tanto dilema. En “El problema indígena”, Lehmann-Nitsche manifiesta la

“Necesidad de destinar territorios reservados á los indígenas de Patagonia, Tierra del Fuego y Chaco según el proceder de los Estados Unidos de Norte América” (Lehmann Nitsche, 1915:385).

Y si bien hay cierta comprensión hacia los pueblos indígenas cuyo suelo “*fue arrebatado [...] por los invasores de raza distinta*”, la pregunta que se mantiene con enorme vigencia es: ¿“*Qué hacer con ellos?*”? (*ibid:* 385).

Hay una sensible contradicción, que se resuelve en una cierta tolerancia hacia los pueblos sometidos. Pero esta tolerancia no hace otra cosa que, bajo un paternalismo explícito, continuar justificando la subordinación:

Es consecuencia fatal, biológica, que al chocar raza con raza, la más fuerte, y en este caso la superior, triunfe sobre la otra, cuya suerte es problema que á de ocupar a la victoriosa”(*ibid:* 385).

Y lo que debe ocupar a la victoriosa es, sin más, insertarlos en el nuevo modelo de país.
Por tanto:

“Esta gente representa sin duda un elemento importante en la explotación de la riqueza del país, fomento de industrias y del comercio de aquellas regiones, y en la época en que se necesitan brazos, constituyen un cuerpo de obreros sumamente barato y sin pretensiones, hábil para el desempeño de trabajos ordinarios y pesados del campo y de los ingenios para lo cual el peón europeo sería demasiado caro é incapaz de soportar el clima húmedo y caliente de aquella zona (Chaco). El indígena, por el contrario, proporciona la mano de obra barata y fácil de manejar de que se sirve uno, cuando la necesita, y que en la época cuando no se trabaja, no ocasiona gastos ni de casa ni de comida... ”(*ibid:* 387).

La inquietud entonces se basa en la forma en que varió ese tratamiento del Otro antes y después de la conquista, de acuerdo a la variación de la lógica en que era “leída” la sociedad o el territorio nacional: antes como un espacio multiétnico –el Otro es el Otro étnico-, después como un espacio étnicamente homogéneo –por la desaparición de la

“cuestión del indio”- pero problematizado por la cuestión social o de clases –donde el Otro pasa a ser el Otro social: el pobre⁵.

Nuestra propuesta es poder avanzar a partir de allí, en el giro que se da hacia lo sociológico (clases) en el tratamiento del Otro; junto con las categorías conceptuales con las que se mira al otro (de las antropológicas a las sociológicas).

Conclusiones preliminares

En el período que va de 1880 a 1885 -año en el culminan las campañas de exterminio sistemático y conquista de los territorios del sur-, aparecen textos claves como los de E. Zeballos (*Viaje al País de los Araucanos* [1880]), Moreno (*Viaje a la Patagonia Austral* [1876-1877]) y algunos otros, todos ellos formando parte ya de una mirada pretendidamente científica o científica y un nuevo estilo de pensamiento que rompe con el anterior-que se manifestaba en la representación de una frontera política y humanamente *salvaje*, dejando de lado la idea de desierto, como “vacío”, entendiéndolo como un sistema social mestizo, abigarrado e intensamente móvil-.

Estos autores operan un borramiento de huellas de los vencidos; convierten discursivamente a los indios en ancestros y desde ahí, contribuyen a la consiguiente homogeneización discursiva y política del país en términos de una “nación de raza blanca”.

Tal vez considerado como un tercer momento, agrupando en grandes áreas temáticas lo que los antropólogos decían entre 1880 y 1916 sobre los pueblos indígenas de Pampa y Patagonia, el “pasaje a nuevos sistemas de pensamiento y clasificación más teóricos” se da recién con la primera generación de antropólogos propiamente dichos, a principios del siglo XX (Félix Outes, Lehmann Nitsche, Ameghino, Ambrosetti, etc.), y los primeros Sociólogos (Ramos Mejía, Ingenieros, etc).

Si bien es cierto que la independencia total de los proyectos políticos no existe, en la medida en que se fueron constituyendo campos intelectuales o profesionales más concretos se rompió con la tradición de los estudiosos-viajeros-funcionarios, vinculados a la política de manera tan visible.

⁵ El tratamiento de la cuestión indígena en la época se relaciona muy estrechamente con la mirada utilitarista sobre los Territorios Nacionales. Somos conscientes de que este apartado hay que trabajarla en profundidad.

Sin embargo, las investigaciones antropológicas ampararon la deshistorización retórica del Otro y borraron toda memoria cultural de los recientemente conquistados. De ahí, y más allá del estudio de los “indígenas vivos” en donde cierta vigencia discursiva se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX, consideramos que estos teóricos que desarrollaron la disciplina con una fuerza inusitada contribuyeron a la manifestación disciplinar como *productora de una formación social* en el estudio de determinadas temáticas. Estas temáticas fueron parte de un discurso que remitiría a un pasado remoto a los grupos étnicos y fronterizos-argumento básico que no vacilaba en plantear una estrategia explícita: el ocultamiento y la distracción de la realidad indígena, a la vez que ésto implicaría sin más una revisión crítica sobre la conquista, aún latente.

En última instancia

“Los modos en los que el IGA y la SCA hablan del indígena –como objeto arqueológico o como ‘raza’ en extinción- son, en síntesis, modos de no hablar del indígena real y de la complejidad y conflictividad –apenas entrevistas- de la sociedad mestiza desestructurada por la violencia de la conquista” (Navarro Floria, 2006: 8).

Referencias bibliográficas

- AMBROSETTI, Juan B. 1901: “Antigüedades Calchaquíes. Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy”, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, Tomo LII.
- ANDERMANN, Jens. 2000: *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Argentina. Ed. Beatriz Viterbo.
- BRIONES, Claudia. 1998. Relatoría de la mesa Identidad y Globalización, 1er Congreso Virtual de Antropología y Arqueología (www.naya.org.ar/congreso/relatorias).
- LAFONE QUEVEDO Y OUTES, FELIX F. 1901: “Supuesta derivación Súmero-Asiria de las lenguas Kechua y Aymará”, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, Tomo LII.
- LAFONE QUEVEDO, Samuel A. 1896: “Tesoro de catamarqueños, con etimología de nombres de lugar y de persona en la antigua provincia del Tucumán”, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, Tomo XLII.
- LEHMANN-NITSCHE, R y DE MADRID, Samuel. 1900: “Informe pericial acerca del estado psíquico y somático del procesado Juan B. Passo”, publicado en los ‘Anales del Círculo Médico Argentino’, Tomo XXIII N° 2, Buenos Aires, Imprenta y encuadernación Mariano Moreno.
- LEHMANN-NITSCHE, Robert. 1915: “El problema indígena”, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, Tomo LXXX.
- NACACH, G. 2006: “Tan vivos, tan muertos. Dos décadas de representaciones y carácter de la frontera pampeana: entre Lucio V. Mansilla (1870) y Estanislao Zeballos (1880)”, en prensa, Revista TEFROS.

NAVARRO FLORIA, P, AZAR, P y NACACH, G. 2005. “Discurso, espacio y lugar antropológico en el *Viaje al país de los araucanos* de E.S. Zeballos”, Libro de Actas. VI Reunión de Antropología del MERCOSUR (RAM). “Identidad, Fragmentación y Diversidad”, 16, 17 y 18 de noviembre de 2005, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay. CD-ROM.

NAVARRO FLORIA, P. 2006. “Paisajes del progreso. La Norpatagonia en el discurso científico y político argentino de fines del siglo XIX y principios del XX”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Barcelona: Universidad de Barcelona, vol. X, núm. 218 (76). <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-76.htm>

OUTES, Félix y BRUCH, Carlos. 1910: “Las viejas razas argentinas”, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, LXIX

OUTES, Félix. 1899: “Estudios Etnográficos, Crítica al artículo ‘Orígenes nacionales’, del Doctor Estanislao S. Zeballos”. Buenos Aires, Imprenta de Martín Biedma é Hijo, Bolívar 535.

OUTES, Félix. 1900: “Necesidad de fundar una sociedad de Americanistas”, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, Tomo L

OUTES, Félix. 1909: “Comunicación preliminar sobre los resultados antropológicos de mi primer viaje a Chile”, (Museo de La Plata, diciembre 18 de 1908). Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos 684, Perú 684, 1909.

QUIJADA, Mónica. 2000: “El paradigma de la homogeneidad”, en *Homogeneidad y Nación*. Madrid, España. Colección tierra nueva e cielo nuevo (pp. 15-55).

QUIJADA, Mónica. “Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)”.

SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA. 1985: *Evolución de las Ciencias en la República Argentina, 1872-1972*, Tomo X (Antropología).